



PURO EXCESO

En pleno corazón del País Vasco Francés, a un paso de Biarritz, la arquitecta de interiores Marta de la Rica nos presenta su último y más ambicioso proyecto, Gaztelur, un espacio exquisito dedicado al arte de vivir.

REALIZACIÓN: MERCEDES DÍAZ DE RÁBAGO. FOTOS: PABLO SARABIA. TEXTO: MAR SANTAMARÍA.



La gran obra. Dentro de un gran marco del s. XVIII, obras de artistas españoles: Canogar (arriba, dcha.), Gerardo Rueda (centro, dcha.) y Francisco Ferreras (las dos obras de abajo). Lámpara de techo veneciana y butacas y mesitas, diseño del estudio Marta de la Rica. En la otra página, escultura de reno humanizado de escayola adquirida en Francia.

Un mix de altura. En este salón la pieza estrella es una gran librería de principios del s. XX, realizada en cuero verde y acero. Tras ella, un elegante papel pintado, de Geneviève Levy, cubre gran parte de la pared. Los sofás y las butacas son del estudio de Marta de la Rica; las mesitas proceden de anticuarios europeos; y los cojines son de Geneviève Levy.



“TIENE EL SELLO DE COLECCIONISTA, DE
MAXIMALISMO... ES EL ALMA DE MI PADRE”



L'art de vivre en azul. Bajo una obra de Guinovart, escultura de reno humanizado de escayola adquirida en Francia. Las butacas y sofás tapizados en diferentes tonos de azul, proceden del estudio de Marta de la Rica, al igual que las mesitas y los cojines son de la editora textil Geneviève Levy. **Tan señorial...** El edificio de Gaztelur, una *maison de maître* de los siglos XVII y XVIII, fue reformado por completo por Marta de la Rica, tratando de respetar al máximo el alma de la casa.



Cena de gala. El comedor cuenta con una increíble colección de vajillas de Meissen, Limoges, Haviland, Milton, chinas... y cristalerías de Murano y Baccarat, alojadas en un mueble francés del s. XVIII adaptado al espacio. Bajo la ventana, cómoda italiana del s. XVIII, y sobre la mesa, jardineras de plata de Christofle. En torno a la mesa, seis sillas gustavianas y seis estilo Luis XVI.

A doble altura. La biblioteca, que se asoma al salón a través de la estructura de vigas de madera, es el espacio preferido de Marta de la Rica. De su estudio procede el sofá de seis metros tapizado en lana amarilla y las lámparas. Las mesitas redondas son de Marruecos y la alfombra de Turquía. La obra de arte es una tela de Fortuny enmarcada.



Arte con buena prensa. Un sencillo revistero de pared expone numerosas publicaciones internacionales a disposición de los visitantes de Gaztelur. El contrapunto rompedor lo pone la pareja de taburetes del artista francés Laurent Dufour.

“POTENCIAMOS EL ALMA DE LA CASA
CON TÉCNICAS ARTESANAS ANTIGUAS”



Una mirada insólita. En el baño, ventana procedente de un *château* del Perigord; lavabo modernista; espejo veneciano de cristal rosa, y apliques y lámpara de cristal franceses. **Sonar con Paris.** El dormitorio alberga una obra singular, un cuadro antiguo de papel pintado que representa la Place Vendôme, comprado en Burdeos. Junto a él, consolas italianas, butaca Luis XVI y cama de hierro con *suzani* bordado de Marruecos.



La creadora y su obra. La arquitecta de interiores Marta de la Rica posa en un banco sueco con cojines de Geneviève Levy. **Mélange cultural.** Junto a unos cuadros de loros de estética tropical adquiridos en Francia, consola veneciana y jarrón de cristal de Baccarat. **Carta de presentación.** En la entrada del espacio, cómoda sueca y objetos de brocantes de Europa, Marruecos y Asia, en un montaje que el director artístico de Gaztelur, Olivier Granet, y la florista Mar López cambian en función de la temporada.

Esta es la historia de un sueño largamente acariciado, un proyecto imaginado tiempo atrás, que cobra fuerza y toma forma, un anhelo por compartir un modo de vida. Hace tan solo unos meses, el sueño se convirtió en realidad. Su nombre es Gaztelur, que en vasco significa “la casa sobre el agua”, y su apellido, propiedad de *arts de vivre*, una expresión que define el concepto con precisión. El soñador de esta historia es el financiero Javier de la Rica que, aunque siempre se ha dedicado al mundo de los negocios, ha sido también un apasionado de las antigüedades y un ávido coleccionista. Decidió moldear su futuro dando forma a sus *hobbies* y buscó una casa que se prestase a lo que tenía en mente. Encontró esta *maison de maître* en Arcanges, muy cerca de su vivienda de vacaciones en Biarritz, y el proyecto comenzó a dar sus primeros pasos. Su hija Marta, reconocida arquitecta de interiores, fue quien tomó las riendas para materializarlo. “La casa, que tiene parte del s. XVII y parte del s. XVIII, estaba destrozada y la reformamos completamente con intención de mantener el alma y el sabor que tenía. Potenciamos ese espíritu con los materiales, con el uso de muchas técnicas artesanas antiguas, intentando mantener suelos, vigas de madera... Es un proyecto que duró casi dos años pero que sigue abierto porque Gaztelur tiene diferentes trayectorias de futuro”, nos cuenta Marta de la Rica. Y añade: “su decoración es dinámica, mutante, ecléctica... tiene el sello de coleccionista, de acumulación, de maximalismo... Es el alma de mi padre”. >



El techo de cristal. En el invernadero, un espacio exquisito para organizar eventos, los objetos procedentes de brocantes de Europa y Marruecos se acumulan en armarios franceses e italianos. Las grandes mesas de pino macizo, realizadas con tablones antiguos, se rodean de sillas adquiridas en Marruecos.



Trabajo artesano. En un rincón del invernadero, llama la atención una curiosa mesa plegable con el sobre pintado a mano que se adquirió en un anticuario de Toulouse. **La belleza de la fragilidad.** A lo largo de los años y en sus múltiples viajes, Marta de la Rica y su padre fueron comprando bellas piezas en anticuarios, brocantes, mercadillos... como estas llamativas copas azules (arriba) y rojas o la exquisita colección de objetos cristal en distintos tonos de verde.





Para crear estos ambientes, que mezclan *vintage* y moderno, barroco y original, pasado y presente, Marta utilizó las piezas que habían ido comprando ella y su padre a lo largo de los años, en los lugares más dispares y que son las mismas que pueden llevarse consigo quienes acuden a Gaztelur, pues todas están a la venta. Además, esta *maison* única y viva, donde se pueden celebrar bodas y toda clase de eventos, cuenta con una coqueta floristería y un restaurante con una estrella Michelin, L'Atelier de Gaztelur (que ya existía en la zona pero que ahora se ha trasladado a esta nueva ubicación). Es, en esencia, un espacio concebido para el hedonismo y el disfrute de los placeres.

Para Marta, sacar adelante este proyecto fue muy importante profesionalmente, por suponer un gran reto y, por supuesto, personalmente "por poder realizar el sueño de mi padre". La ubicación de Gaztelur también aportó un significado más sentimental: "esta es una zona que para mí es como mi casa y le tengo mucho cariño". De todos los ambientes, Marta siente predilección especial por uno en concreto: "El cuarto del sofá amarillo, que es una biblioteca a doble altura, porque fue un espacio sorpresa; era una zona oscura en dos pisos, descubrimos que se podía modificar y ahora tiene doble altura y se vuelca sobre el salón; se ha convertido en un espacio muy alegre".

Sentir, percibir y transmitir el *art de vivre* parece sencillo y, aunque expresarlo con palabras concretas resulte un tanto más complejo, Marta lo tiene muy claro: "hacer de la cotidianidad una cosa bonita, más sencilla o más sofisticada dependiendo de la ocasión o de lo que quieras cada día". •

Paladares selectos. En el restaurante de una estrella Michelin, L'Atelier de Gaztelur, (arriba a la izquierda y en la otra página), la decoración juega un papel fundamental. Las paredes están revestidas con un montaje de espejos y papeles antiguos, los suelos y la chimenea son los originales de la casa y las lámparas proceden del estudio Marta de la Rica.

Detalles que conquistan. En cada rincón de Gaztelur se descubren nuevos tesoros, como estas sofisticadas copas de cristal de Murano.